

Aquella misma noche se hicieron las mayores diligencia para buscar á los criminales, para encontrar á la robada.

Todo fué inútil.

Villejo, en el colmo de la desesperacion, leyó en el infortunio de Inés y la dijo:

—Tranquilizáos, yo encontraré á Isabel: entre tanto seré vuestro hijo, y os prometo solemnemente vengaros de los miserables que han cometido con vos tamaña felonía.

En vez de continuar el camino, se detuvieron en Córdoba, porque ni Villejo ni Inés quisieron salir de allí hasta encontrar á Isabel.

Llamado un médico para curar á Inés, declaró que habian sido quemados sus ojos con vitriolo.

La gitana se habia vengado.

---

## capitulo XV.

---

### La paloma y el gavilan.

Al volver Isabel en sí se halló en un cuarto de aspecto sinistro, iluminado por la débil luz de una lámpara, que aumentaba el horror de aquella estancia.

Sin acertar á explicarse lo que le pasaba, dirigió los ojos en torno suyo con temor, y los cerró aterrizada al ver á una mujer vieja, repugnante, que con sonrisa infernal parecia espiar sus movimientos y gozaba en su desventura.

Isabel sintió correr por sus venas un frio mortal.

—No te atreves á preguntarme, —dijo la vieja con voz gangosa, —por qué razon te encuentras aquí. Haces mal, porque estaba dispuesta á satisfacer tu curiosidad.

Isabel reunió sus fuerzas, y aunque con débil voz formuló estas preguntas:

—¿Quién sois? ¿Por qué estoy aquí? ¿Dónde se halla mi madre?

—Eso ya es demasiado,—dijo la vieja;—pero te quiero mucho y responderé por partes á tus preguntas. ¿Quién soy? Si tú lo supieras, no me mirarías con horror. ¿No has sido muy feliz hasta ahora? ¿No te has hallado desde los primeros días de tu vida rodeada de toda clase de felicidades? Pues todo me lo debes.

—¿A vos?

—Sí, á mí; al verme en este traje y en tan humilde albergue, sospecharás que soy una pobre mujer.

—Es cierto; pero pobre y todo tienes que agradecerme las felicidades que hasta ahora te han sonreído.

—Explicaos, señora,—dijo la jóven con impaciente curiosidad.

—Oye mi historia: hace veinte años llegué á un pueblo donde tu madre vivía como una simple aldeana. Era hija de un arriero que apenas ganaba lo necesario para sostener á su familia. La naturaleza le había otorgado la hermosura á tu madre, y yo, interesada por su felicidad,

»—Vente conmigo,—la dije;—yo labraré tu dicha, y si no me abandonas, si eres agradecida, si pagas con tu cariño los sacrificios que estoy dispuesta á hacer por tí, tu porvenir será risueño.

Para esto necesitaba abandonar á sus padres, de-

jar la humilde aldea en donde había nacido. Fué ingrata con sus padres y me siguió.

—Mentís,—dijo Isabel, no pudiendo contenerse.

—No seas tan fogosa, hija mía; no defiendas con tanta energía á tu madre. Fué ingrata con los que le habían dado el ser; los dejó entregados al dolor y me siguió halagada por la esperanza que desperté en su mente.

Yo debí comprender que la mujer que pagaba los desvelos paternos con tan negra ingratitud debía ser siempre ingrata... Pero la cobré afecto: yo había tenido una hija, había muerto en mis brazos y quise reemplazarla con Inés. Cumplí mi promesa. De humilde aldeana la convertí en señora. Y ¿sabes cómo ha pagado mis beneficios?

—¡Oh! Callad, callad,—dijo Isabel;—no ultrajeis á mi madre.

—Los ha pagado despreciándome, abandonándome, como abandonó á sus padres, apartando los ojos con horror de mí al verme, negando consuelos á mi amargura, recursos á mi pobreza; y aún hizo más... Aprovechando el favor que tenía en la corte, me ha delatado varias veces al Santo Oficio para que me declarase bruja y me arrojase á la hoguera.

Yo he sufrido veinte años: he devorado en silencio mis amarguras, he querido perdonar y no he podido. Necesitaba vengarme de su ingratitud, y me he vengado. Tú eres su ídolo, y comprendes el dolor que sufrirían sus padres al verse abandonados por él que ella sufrirá al encontrarse lejos de tí.

—Sois una miserable, —exclamó Isabel en el colmo de la desesperacion.

—Te equivocas; porque si te he apartado del lado de tu madre, separándote al mismo tiempo del hombre que iba á ser tu esposo, he conseguido al mismo tiempo vengarme de ella y labrar tu felicidad.

—De vuestras manos no la quiero.

—Se ve que eres hija de tu madre, ingrata como ella; pero no importa. Estás en mi poder; los esfuerzos que hagan para buscarte serán inútiles. No tienes más que un medio de volver al lado de tu madre; pero entonces no querrás ir, porque serás demasiado dichosa.

Los ojos de Isabel se inundaron de lágrimas.

No sabia qué hacer en tan triste situacion.

La fuerza era inútil, la astucia con aquella mujer estéril, y no podia prometerse piedad de la que no era una mujer, sino una venganza.

—Tranquilízate, hija mia, —dijo la vieja, —y piensa que, convencida como estoy de que el tiempo cura todas las heridas, me propongo tenerte aquí hasta que seas razonable. Cuando te vea tranquila, y lo que es más agradecida á mis bondades, porque pienso ser muy bondadosa contigo, te sacaré de aquí y te llevaré á mi palacio, porque yo soy muy rica. ¡Quién sabe si entonces algun gran señor se prenderá de tí y llegarás á ser la esposa de algun alto personaje! A tu amante debes ya renunciar. Le hemos hecho creer que has muerto, y aunque está muy afligido, al fin es hombre. Dentro de un mes se consolará. Dentro de



CRISTÓBAL COLON.—Los indios empezaron sus bailes y ejercicios.

dos amará á una mujer, y si ella es hábil, al tercer mes la hará su esposa.

—¡Ah! Por piedad, callad,—dijo la jóven.—Si habeis de ser tan cruel, ahogadme en vuestras manos, clavad un puñal en mi corazon. Preferiria la muerte á este martirio.

—Todo se andará si te empeñas,—dijo con severidad la anciana.

La jóven se estremeció.

Un prolongado silencio siguió á esta escena.

Y mientras Inés sufría horriblemente y Villejo buscaba por todas partes á Isabel, la pobre jóven experimentaba las amarguras de su horrible cautiverio.

La noticia del crimen no tardó en extenderse por la ciudad; el posadero y Villejo dieron señas de la mujer que habia ido á la posada á anunciar la prision de Diego Colon, y los cuadrilleros del Santo Oficio se dedicaron sin descanso á buscarla por todas partes.

Inés envió un mensajero á Diego noticiándole lo que habia pasado.

Diego habló á los reyes, y estos comunicaron á Córdoba órdenes terminantes para que se buscara á Isabel y se castigase á sus raptos.

Compadecida la reina de la desventura de Inés, y sabiendo el efecto que la profesaba el almirante, dispuso que fuera á Granada, y con evangélica caridad, al llegar á su presencia, la colmó de consuelos y la ofreció velar por su porvenir no descansar hasta que pareciera su hija, y castigar á los infames que la habian arrebatado de su lado.

Como las desgracias no vienen solas, Villejo, desesperado, perdió la razón, y tuvo que ser conducido á un hospital, porque en algunos momentos se ponía furioso y capaz de cometer toda clase de atentados.

Minuciosos fueron las pesquisas de los cuadrilleros para encontrar á Isabel.

Pero no ménos inútiles.

Al fin y al cabo convinieron en que habia muerto: Inés llegó á creerlo, y guardando en el fondo de su alma aquel inmenso dolor, se retiró á esperar la muerte en la casa que aún poseía en Baeza, y en la que tan feliz habia sido en otro tiempo.

Isabel, sin embargo, no habia muerto.

La vieja, al mismo tiempo que se habia vengado de Inés, habia hecho un buen negocio.

Antonio de Aguado, halagado por los favores que le dispensaba la fortuna, bajo la máscara de la hipocresía se habia hecho uno de los hombres más licenciosos de la corte, y no habiendo podido seducir á la madre, habia puesto sus infames ojos en la hija.

La vieja gitana que le habia albergado aquella noche de tempestad en su choza, ofreció á Aguado entregarle á Isabel en cambio de una crecida cantidad de dinero.

Estipularon las condiciones del negocio, y convinieron en que, para que Aguado fuese completamente dueño de la niña, debía representar una comedia.

La comedia se representó en efecto.

Un dia salió la vieja de la mazmorra donde habi-

taba con Isabel, y á poco rato se presentó á la jóven un caballero.

—Isabel,—la dijo,—no hay tiempo que perder; aprovechad los momentos en que esté fuera esa infame para venir conmigo.

—¿Quién sois?—preguntó la jóven.

—¿No me reconocéis?

—¿Me parece que no es esta la primera vez que oigo vuestra voz?

—No por cierto: soy amigo de vuestra madre, de vuestro protector Cristóbal Colon. Mi nombre es Antonio de Aguado.

—¡Ah! Sí, ya recuerdo; mi familia os debe grandes favores.

—He podido descubrir vuestro paradero, y antes que venga esa mujer, que es poderosa, quiero ponerlos en salvo.

—¿Vais á sacarme de su lado?

—Sí, para siempre.

—¡Ah! ¡Dios os lo pague!—exclamó la jóven.—Partamos.

—En la puerta nos esperan dos caballos y un guia; yo os llevaré en el mio, y os vereis libre de esa miserable.

Isabel siguió á Aguado con la mayor confianza.

La noche estaba oscura, y Aguado dió sus órdenes al guia, montó á caballo, colocó delante y en sus brazos á Isabel, y los dos caballos partieron.

Antes de que amaneciera llegaron á una ciudad, cuyas calles se hallaban desiertas, y se apearon de-

lante de una gran puerta que tenia un escudo de armas en el frontispicio.

Isabel fué depositada en una lujosa habitacion.

—¿Y mi madre? ¿Y Villejo?—preguntó Isabel.

—Ahora descansad,—dijo Aguado;—despues vendré á veros y os haré una revelacion.

La inocente paloma ignoraba que habia caido en las garras del gabilan.

Estaba rendida y se entregó confiada al sueño.

Al despertar debia hallar á su lado el dolor.

## Capítulo XVI.

Justicia de Dios.

Vamos á abandonar á estos personajes episódicos de nuestra historia para bosquejar el siniestro cuadro que presentaba por entonces la situacion de la isla descubierta por el ilustre marino genovés, por él colonizada, y destruida por los que le habian sucedido en el mando.

Tiempo tendremos de asistir al desenlace de las complicaciones en que se hallaban los amigos más íntimos de Colon y sus más encarnecidos adversarios.

Antes de seguir al héroe de nuestra historia en su último viaje, conviene que el lector sepa la triste suerte que estaba reservada á Anacaona y presencie el espectáculo de la ruina de una raza, causada por intransigentes opresores.